This book is due at the WALTER R. DAVIS LIBRARY on the last date stamped under "Date Due." If not on hold it may be renewed by bringing it to the library.

DATE DUE	RET.	DATE DUE	RET.
BUILDING USE ONLY			

Form No. 513,
Rev. 1/84

LA PERLA

POR

SOR FELISA GIRAUTA LAJUSTICIA

TEATRO COLEGIAL

TEATRO COLEGIAL

LA PERLA

LA PERLA

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

SOR FELISA GIRAUTA LAJUSTICIA



BARCELONA

ANTONIO J. BASTINOS, EDITOR | LIBRERÍA DE JULIÁN BASTINOS

CONCEJO DE CIENTO, 306 | CALLE DE PELAYO, 52.

1902

PERSONAJES

EL DUQUE	CRISPIN
LA DUQUESA	ALDEANA 1.ª
INÉS	ALDEANA 2.ª
IRENE	MARTIN
CLARA	JUANA
MARGARITA	HILARIA

ALDEANOS Y ALDEANAS

La acción del 1.° y 2.° acto se supone en Burgos y la del 3.° en una aldea de Valencia. Época actual.

Barcelona: Hijos de Jaime Jepús, impresores, calle del Notariado, 9.—Teléfono 151

ACTO PRIMERO

El teatro representa un gabinete lujosamente amueblado, En el fondo una chimenea: donde convenga un cuadro ó escultura de la Sma. Virgen.

ESCENA PRIMERA

MELCHOR y ELENA

MELCHOR. (*Entra gritando.*)
¡Patricia, Teodoro, Juan!
¿Habráse visto holgazanes?
¡Me están entrando unas ganas
de plantarlos en la calle!
ELENA. ¿A qué viene ese alboroto (*Entrando.*)
querrás Melchor explicarme?
MELCHOR. Son las diez de la mañana
y aun no ha parecido nadie
que encienda la chimenea,
¿lo encuentras bien?
ELENA. Mal me sabe.

MELCHOR. Pues á mí me sabe peor
y si de nuevo tal hacen
lo que tarden en hacerlo
(Amenazando con su muleta.)
he de tardar en echarles.

ELENA. ¡Lo que puede la costumbre!
No mandas ya en militares
y es sumamente ridículo
el esgrimir como sable
esa piadosa muleta
que reclaman tus achaques.

MELCHOR. Mira, por lo que más sufro
(Con más calma.)
cuando esto pasa, lo sabes;
por que ese hogar apagado
es del nuestro viva imagen:
cenizas, negros carbones *(Amargamente.)*
de amarguras y pesares,
sin el fuego del cariño
que ese triste hielo espante.

ELENA. Y el de nuestras dos sobrinas?

MELCHOR. Son fuegos artificiales,
que alumbran sin calentar,
chispas vivas y brillantes
que duran breves momentos
y que si en la mano caen
la queman y en negro polvo
se deshacen al instante.
Sí, delante de nosotros
las dos están muy amables,
pero detrás ¡quién oyera!...

ELENA. Vamos, no las pintes tales.
Es cierto, y harto me duele,
son ligeras, inconstantes
y el círculo en que se agitan
tan lleno de vanidades
deseca su corazón,
hiela en sus pechos leales

los más puros sentimientos.

MELCHOR. Los suyos llevan el traje
de la alegría, y los nuestros
visten luto, es el contraste
muy duro, querida Elena;
y tal vez... tal vez ¿quién sabe?
Sentirán que nuestra vida
su rica herencia dilate.
¡Hija mía, amada nieta! (*Dramático.*)
¿de qué sirven mis afanes
por legaros nombre ilustre
y una posición brillante?

ELENA. Melchor, por favor te pido
que tales razones calles
y no abras más las heridas
de que siempre mana sangre.
Siento pasos, será Clara.
(*Durante la anterior escena la Duquesa habrá avivado el fuego de la chimenea.*)

ESCENA II

Dichos y CLARA

CLARA. ¿Tiitos? (*Desde fuera.*)

MELCHOR. (Hum). (*Ap.*)

ELENA. Adelante.

CLARA. Felices, queridos tios; (*Entrando.*)
acabo de levantarme,
y pasar sin saludarlos (*Abrazándoles.*)
me es imposible.

MELCHOR. Bien tarde (*Reproche.*)
dejas el lecho, sobrina,
si á tus años mi padre
me hubiese visto hacer tal
me da la peluca hache.

CLARA. De perlas que le vendría *(Ap.)*
para su calva *(Alto.)* No extrañes
esto, ahora no valemos
casi la mitad que antes,
pues en cuanto á mí, es lo cierto
que cada corriente de aire
suele traerme un catarro
que tarda un mes en curarse.

MELCHOR. Ese será el matinal *(Ironía.)*
que te impide levantarte
para ir á misa, que el otro,
el que por las noches hace
no te perjudica ¿eh?

CLARA. Sí, si no puede explicarse... *(Turbada.)*

MELCHOR. Y, vamos á ver, anoche
¿á que hora os acostasteis?

CLARA. Tempranito, allá á las doce.

MELCHOR. ¿Tempranito es eso? ¡Tate!

CLARA. En mal terreno me meto, *(Ap.)*
salir es indispensable. *(Alto.)*
Por cierto, querido tío,
que en casa de los del Valle
donde fuimos invitadas
—pues daban anoche un baile—
hablé con un tal Contreras,
capitán ó comandante,
que me contó tus hazañas
pintándolas admirables.
Sobre todo una, sí, una...
á ver si puedo acordarme
en donde pasó... en Valencia
creo...

MELCHOR. ¡Mucho te fijaste!
¡Jamás he visto su luna
con ser cosa tan notable!

ELENA. No, sería quizá en Málaga
donde sólo te quedaste
con un puñado de bravos

de cuyo hecho memorable
sacaste esa cicatriz (*Señalando.*)
y una cruz.

CLARA. Justo, acertaste. (*A Elena.*)

MELCHOR. Es que eran hombres de temple (*Fuego.*)
¡qué valor y qué coraje!
Aquello era tener alma,
aquello era tener sangre,
y no los actuales... ¡Hombre!
si dá ganas de comprarles
un sable de hoja de lata
y puros de chocolate!

CLARA. Pues, como te iba diciendo,
pasé allí un rato agradable
y quedamos convenidos
en que acabe de contarme
algunas otras que tú,
aunque por modestia calles, (*Zalamería.*)
no has de impedir que las sepa
quien al par que las aplaude
se enorgullece con ellas.
Ya deseo que se pasen
estos días hasta Reyes,
para volver á encontrarle.
Doña Paz dará un concierto
en donde, como tú sabes,
hemos de lucir las jóvenes
los obsequios paternales.
Yo que por fortuna tengo (*Intención.*)
un tío rico y amable
espero que por los Reyes
serán los obsequios... *reales;*
con que no te digo más.

MELCHOR. ¡Cierto! ya has dicho bastante.
Lástima que los poetas
y hasta los pintores anden
en busca de alegorías
que al bello sexo retraten

En fin tendrás el regalo
y por cierto ha de ser grande.

CLARA. Gracias, gracias, tío mio.
(*Tomándole las manos.*)

MELCHOR. El chasco que has de llevarte. (*Ap.*)
(*Alto.*) Mira á ver si está el almuerzo
dispuesto ya.

CLARA. En el instante.
(*Vase Clara.*)

ESCENA III

MELCHOR y ELENA

MELCHOR. Y bien ¿qué dices, Elena
que redunde en su favor?

ELENA. Bien educada, Melchor,
sería Clara muy buena.
Mas si la educan así
y si nuestro natural
siempre nos inclina al mal
¿qué ha de sucederla, dí?
Cual nuestra familia, pocas...
¿qué quedan sino recuerdos?
Dos viejos un poco cuerdos
y tres jóvenes muy locas;
pues si ellas dos, como ves,
tienen el seso perdido
ser nuestra Inés he entendido
la más cuerda de las tres.
Entra en mi capacidad (*Pausa*)
que enloquezca un tierno afecto
no que produzca un efecto
casi igual la vanidad.
Comprendo que un corazón
maternal, tanto se aflija,

que cuando pierde á su hija,
pierda también la razón
no que por hacer brillar
tan efímera hermosura
en otra mayor locura
una madre venga á dar.

ESCENA IV

Dichos é IRENE

IRENE. ¿Pero dónde se ha metido, (*Por Clara*.)
habéis visto á Clara?
MELCHOR Y ELENA. Sí.
IRENE. Me han dicho que estaba aquí.
ELENA. Hace un momento, se ha ido.
MELCHOR. De tí y de ella justamente
nos estamos ocupando,
de que la estas educando,
créelo, pésimamente.
IRENE. Habla el francés *comme il faut*,
toca con gusto y limpieza,
á pintar muy bien empieza,
canta, borda, y... qué se yo?
si su aya se hace un deber
de tenerla esclavizada...
su educación esmerada
debe impedirla crecer. (*Pausa*.)
Con que á ver, severo juez,
¿qué encuentras en ella mal?
MELCHOR. Que es sólo superficial
sin nada de solidez.
Bien tiene un aya excelente
aunque gracia no te hace,
más tu imprudencia deshace
su labor constantemente.

Del Evangelio bendito
con la severa moral
le demuestra cómo el mal
lleva al infierno maldito;
le hace ver que sus caminos
entre flores engañosas
mil serpientes ponzoñosas
ocultan, y mil espinos:
que al hombre Dios no crió
para que le olvide infiel
antes para ser cual El
modelo en Cristo le dió,
El que en su predicación
prescribió la caridad,
la pobreza, la humildad
y la mortificación.
Tú en cambio, ciega quizá,
tachas tan santa doctrina
de sobrado peregrina,
pasada de moda ya;
huyes el yugo de Dios
tan suave, en que halla mil penas,
y del mundo las cadenas
sufrís gustosas las dos.

IRENE. ¿Según ese documento (*Picada*)
hemos de hacer—y no es guasa—
un claustro de nuestra casa,
de nuestra vida un tormento?

ELENA. No se necesita tanto
para cumplir como buenos,
y con muchísimo menos
puede cualquiera ser santo.
Diversiones inocentes
pueden servir de recreo,
buenos libros, el paseo
con otros cien alicientes.
Te quejas de que Clarita
no esté más desarrollada

y su instrucción esmerada
es la culpable y te irrita...
Cuando fué higiénica cosa
hacer día de la noche,
ir habitualmente en coche
y estar casi siempre ociosa?
¿Cómo ha de desarrollarse
un cuerpo siempre oprimido,
cómo en aire enrarecido
la salud podrá aspirarse?

MELCHOR. Sí, Irene, estoy en lo mismo
si así sigues, por palma,
verás su cuerpo y su alma
enfermos de raquitismo.
El que la quieras llevar
tan niña á esas diversiones,
da pié á unas murmuraciones
que no debes ignorar,
las que dicen que tu estado
se aviene muy mal con esto,
y en tu hija un mero pretexto
de hacer tu gusto has hallado.
(Irene que habrá escuchado con marcado disgusto va á hablar, pero se detiene al oir á Elena.)

ELENA. ¡Calla! me estoy acordando! *(A Irene.)*
¡tormento el ser virtuosa!
pues es nuestra ley graciosa
según tú la estás pintando;
que os asuste un cilicio
comprendo, aunque no hay de qué,
mas ¿cómo hacéis del corsé
un más severo suplicio?
El velar en oración
es una inhumanidad,
no el velar por vanidad
entre el ruido de un salón;
el aire de la mañana

os puede perjudicar
y así vais á comulgar
tarde y aun de mala gana,
no el salir medio sudando
de un teatro en noche fría...

IRENE. ¡Basta, basta, tía mía
que me estais martirizando!

MELCHOR. Sí, tiene mucha razón; (*Por Elena.*)
de Clara quereis sacar,
Juana, un ángel del hogar,
tú una reina de salón.

IRENE. Pero que ¿no cumple acaso
sus deberes de cristiana?
¿la educo como pagana?

MELCHOR. Pues me pones en el caso,
como pagana, es verdad,
y dime si no me fundo;
¿no idolatráis en el mundo
y en la necia vanidad?
¿No ofrecéis en sus altares
libertad, vida, virtud,
la eterna beatitud,
la paz de vuestros hogares?
Ser nuestro Padre á Dios plugo
¡ay de aquel que no le adora
para trocarlo en mal hora
por ese cruel verdugo!

IRENE. ¿Queréis, con razones mil,
que vista un sayal á Clara?
¿Queréis que engarce su cara
en una toca monjil?

ELENA. No tal, no lo pretendemos,
ya lo puedes alcanzar,
bien se pueden evitar
facilmente ambos extremos;
pero ya que tu viudez
con el retiro se aviene,
ve lo que más os conviene;

sea tu conciencia el juez.
(*Vase Irene de mal talante.*)

ELENA. ¿Se enmendará?

MELCHOR. ¡Qué sé yo!
Es muy crónica la herida;
hoy se marcha confundida,
pero convencida no.

ESCENA V

Dichos y CLARA

CLARA. Cuando gustéis, tíos míos,
el almuerzo está dispuesto.

MELCHOR. Vamos Elena, ¿y tú, niña,
no vienes?

CLARA. Por hoy no puedo
acompañaros, mi aya
que dé lección ha dispuesto
por la mañana, y es tarde.
Es decir, no puedo á menos
que le digais me dispense...

ELENA. Hija mía, nada de eso;
de haberte levantado antes
todo lo tendrías hecho,
conque ya almorzarás sola.

CLARA. Mal me ha salido. (*Ap.*)

MELCHOR Y ELENA. Hasta luego.

ESCENA VI

CLARA sola

CLARA. ¡Oh! que aya tan fastidiosa
¡siempre rezando ó riñendo!
Malditos sean sus libros
que á mis mágicos ensueños
la realidad contraponen

de un trabajo tan molesto.
(*Siéntase y abre un libro.*)
Estudiar Geografía...
¡pues es gracioso el empeño!
¿qué me importa á mí el que haya
hombres blancos, hombres negros
ó de color de violeta?
Si alguno no está contento
con el suyo, que se pinte.
Lo mismito que los pueblos
tengan República ó no,
tengan Reyes, y el que estos
sean constitucionales;
¡allá se las hayan ellos!
En mi casa por de pronto,
cumpliéndose mis deseos,
el absolutismo impera
y en mis manos está el cetro,
que aunque mis tiitos mandan...
nadie les obedecemos,
y yo suelo casi siempre
hacer todo cuanto quiero
de ellos con mimos y mañas,
de mamá con lloriqueos,
acudiendo si me apuran
al recurso de los nervios.
Sin embargo, en su presencia
bien procuro complacerlos,
mostrarme humilde y afable.
y hasta beata, sin serlo;
pero la herencia que aguardo
y ese título que espero,
para sufrir sus rarezas
me dan ánimo y esfuerzo
¡Oh; si cuando en el teatro,
(*Pequeña pausa.*)
en el baile, en el paseo, (*Levántase.*)
ó cruzando el Espolón,

escucho este cuchicheo:
«¡Allá va la de Linares!»
«¡Es elegante en extremo!»
«La futura Duquesita
»de Río-seco de Vero!»
y veo besar el polvo
á mi paso á los sombreros
y de envidia á mis amigas
morderse los labios veo.
¿Quién podrá decir entonces
el placer que experimento?
Me acuerdo de D.ª Juana
que dice soy un muñeco,
y me río de que afirme
que apenas tengo talento
y que debían ponerme
pensionista en un colegio.
¡Cómo asegurar la tonta
que sobre mi frente llevo
un cántaro de lechera
como en la fábula ó cuento!
Una corona ducal
bien puede ser, pero creo
que ascenderá á realidades
mis ilusiones el tiempo.
En fin, haré del que estudia
(*Tomando el libro.*)
por si viene este estafermo
y entretanto, callandito,
su retrato delineo.
(*Saca un lapicero y una hoja de papel y se pone á dibujar*).
¡Qué aptitud para el dibujo!
y dirán que no progreso!
Vaya una frente graciosa...
(*Por lo que dibuja.*)
¡cuán sublimes pensamientos
se encierran bajo esos pliegues!

¿Si le pondría un lucero
en mitad? Nó, nó, la arruga
que casi me causa miedo
cuando me regaña y ahora
á risa me mueve: ¡bueno!
Luego la nariz: así,
y sus ojos de mochuelo.
La boca, para más gracia
la voy á poner riendo,
¿y la barba? Anda, pichón,
dale á la nariz un beso.
¡Le voila! Su nombre abajo
para dejarlo completo.
¡Ja, ja, já! ¡Ja, ja, ja, jaá! (*Riendo.*)

ESCENA VII

Dicha y D.ª JUANA

JUANA. (*Entra de puntillas y le arrebata la caricatura*).
¡Bravo trabajo por cierto!
CLARA. ¡Ay, ay! (*Volviéndose asustada.*)
JUANA. Sin duda ninguna
por esta vez llego á tiempo
para ver cuán grandes son
su cariño y su talento.
Vamos, aunque á la ligera (*Con ironía.*)
está bastante bien hecho,
pero le falta un buen marco
y como yo no lo tengo
voy á decir á los tíos
que hagan favor de cedérmelo.
CLARA. De esta hecha sin el regalo (*Ap.*)
seguramente me quedo.
Forzoso será pedirle
perdón, humildad fingiendo.
Dispénseme V., señora, (*Alto á Juana.*)

bien su disgusto comprendo,
pero me ponen los libros
de un humor tan malo y negro...

ESCENA VIII

Dichas, MELCHOR, ELENA, INÉS é IRENE

(*Entra Inés desmelenada y frenética apretando convulsivamente las manos sobre el pecho, como si llevase algún objeto*).

INÉS. ¡Antes perderé la vida
que me lo deje quitar!
¡Margarita, hija querida,
no llores más! Enseguida
tu madre te va á salvar.
¡Que coma, que coma yo!...
Para que suelte el dinero
¡ja, ja, ja, já! ¡si no quiero!
lo dicho: no quiero y nó,
¡aunque venga el mundo entero!
(*Como si hablase con un sér invisible.*)
No la maltrates, ¡cruel!
¿Quieres oro, mucho oro?
Pues aquí tengo un tesoro
para saciarte con él
y hacer que cese su lloro.
De nuevo te estrecharé (*Transición.*)
en mis brazos, hija mía,
y el Rosario de María
á rezar te enseñaré.
Ja, ja, ja, já, ¡qué alegría!
(*A Elena que la sigue con una taza de caldo en la mano, procurando que lo tome.*)
Pero, ¡qué persecución!
¿No me dejaréis jamás?

ELENA Á M. Ya no nos faltaba más
para hacer su situación
horrorosa por demás.
Su extensa debilidad
aumenta visiblemente
y aún más, se ofusca su mente
y su irritabilidad
crece prodigiosamente.

MELCHOR. Antes, por fin, bien ó mal
tomaba algún alimento;
mas, si así sigue, presiento
un desenlace fatal.

JUANA Á IRENE. ¡Qué horroroso sufrimiento!

(*Pausa, durante la cual Elena se esfuerza vanamente en obligar á Inés á tomar alimento, y ésta se niega soltando carcajadas histéricas. Por fin, Elena, dejando la taza sobre un velador, se arrodilla ante una imagen de la Virgen, mientras los demás permanecen consternados.*)

ELENA. ¡Señor, fuente de bondad!
de tus rigores apelo
ante tu dulce piedad
y te presento este anhelo
con grande fé y humildad.
Que los vitales destellos (*Por Inés.*)
la muerte, ¡por compasión! (*Sollozando.*)
no apague en sus ojos bellos
sin que brille antes en ellos
una chispa de razón...!
Y si por ser pecadora
Dios no me quiere escuchar
¡pedidlo Vos, dulce Aurora,
María, Madre y Señora,
que nada os podrá negar!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

El teatro representa un paseo rústico con árboles y bancos, en el foro un huerto rodeado de una empalizada dentro de la cual se ven dos bancos.

ESCENA PRIMERA

MARGARITA y Aldeana 1.ª (ésta, durante las primeras escenas, cruzará al proscenio de vez en cuando, con un cántaro bajo el brazo.)

MARGARITA. (*Delante de la empalizada.*)
¡Señor, que en las alturas
entre ángeles sin fin tienes tu asiento!
¡no olvides á tus pobres criaturas,
llegue hasta Tí mi lastimero acento!
¡llévenlo en áureas nubes
hasta tu trono excelso los querubes!
Inclina tu mirada
á quien á Tí la eleva con sus preces
hacia ésta que tan pobre y desdichada
Padre te llama, huérfana dos veces,
pues se llevó la muerte

á aquella que endulzó su triste suerte.
De mi madre adoptiva
tan sólo quedan fúnebres despojos,
y si ella me acogió caritativa
y hoy sus hijos hambrientos ven mis ojos
¿tan sólo inútil llanto
dará mi gratitud á su quebranto?
No, quiero generosa
sacrificarlo todo por su dicha...
mas, ¿qué puede una niña vergonzosa
si es ignorante á más por su desdicha?
Aunque haga sacrificios
¿quién aceptar querrá tales servicios?

ESCENA II

Dichas é HILARIA

HILARIA. Muy contristada te hallo,
¿querrás decirme el por qué?
MARGAR. Con mucho gusto lo haré;
más sufro cuanto más callo.
HILARIA. Pues sea sin dilación
y sea también sin llorar!
como te oiga gimotear (*Con cariño.*)
voy á darte un bofetón.
Con que, vamos ¿qué te pasa?
MARGAR. Una cosa un poco seria:
que ha elegido la miseria
por domicilio mi casa.
HILARIA. ¿Por vivir contigo? (*Chanceándose.*)
MARGAR. Justo.
HILARIA. Anda, para que se vea;
ella podrá ser muy fea
mas de fijo tiene gusto.
MARGAR. Por eso si no la deja
tendré que marcharme yo.

HILARIA. ¿Marcharte, Perla? Eso nó,
en tan loco empeño ceja.

MARGAR. No estoy loca, es mi deber. (*Sollozando.*)

HILARIA. ¡Y llora de veras! ¡Toma!
¿Pues no fué todo una broma?
¿Quién podía suponer...?

MARGAR. Con toda formalidad
si han de comer mis hermanos
tendré que extender mis manos
é implorar la caridad.

HILARIA. ¿Pues qué, tu madre al morir
no os dejó algún ganado
y un campo que cultivado
os dará con que vivir?

MARGAR. En su larga enfermedad
cuanto tenía gastó
y tan sólo nos dejó
la miseria y la orfandad.
Cuantos aquí la trataban
como su honradez sabían
de todo la proveían,
sin dinero se lo daban,
y á su muerte me encontré
con que lo que nos quedaba
aun del todo no bastaba
para pagarlo.

HILARIA. Si á fé;
no había reflexionado
y tienes mucha razón;
triste es vuestra situación
¿en qué remedio has pensado?

MARGAR. Pues que los demás son vanos
irme á servir á cualquiera,
y aun cuando me marche fuera
dejar aquí á mis hermanos.
O muy poco he de poder
ó ahorraré el salario todo,
os lo mando y de ese modo

los lograré mantener.
Un poco me desconcierta
ver mi falta de instrucción,
pero ¡bah! la aplicación
es para el saber la puerta.
Seré humilde y resignada
y como lo haré por Dios,
trabajaré como dos
por Él sin duda ayudada...

HILARIA. ¡Niña, no así el tiempo pierdas
y cierra al punto esa boca!
No he visto idea más loca
dicha en palabras más cuerdas,
¿Servir tú? ¡Bonito fuera!
¡con tu tipo de duquesa!
Si no es que alguna Princesa
necesite camarera...!

MARGAR. ¿Pues como se ha de arreglar?

HILARIA. Yo me encargo á fé de Hilaria.

MARGAR. La necesidad diaria
es de muy mal remediar.

HILARIA. Se le expone al señor Cura
vuestra triste situación;
ya sabes su corazón
y que por nada se apura.

MARGAR. Tú lo encuentras muy sencillo
sin ver la desproporción
de un gigante corazón
con un pigmeo bolsillo,
y á más, si nuestro sustento
puedo ganar, robaría
á los pobres, y tendría
un grande remordimiento.

HILARIA. Bien lo has definido tú,
que socorre tan sin tasa,
que aun le vendría algo escasa
la riqueza del Perú.
Con la corta cantidad

que se reserva y aun merma
hace una sola Cuaresma
de Reyes á Navidad.
Yo le digo, es tan mezquina
y su ropa tan mugrienta
que sacando bien la cuenta
no alcanza para bencina,
y el replica: «¿No hallas menos
el quehacer en el hogar?
Pues entretente en limpiar.»
Ya ves tú si estamos buenos.

MARGAR. Por esto mi pensamiento
pondré hoy en ejecución
sin ninguna dilación,
en este mismo momento;
que para llevarlo á cabo
fué locura el esperar
á verles hoy ayunar
sin tener un triste ochavo.

HILARIA. Chiquilla; ¡que confianza!
¡no decirme nada á mí!
¿Por qué lo has hecho así, dí?

MARGAR. Por una loca esperanza.
Yo decía: Dios nos ve
inocentes sufrir tanto...! *(Marcado.)*
mientras llega nuestro santo
tal vez remedio nos dé.

HILARIA. Aun no se ha pasado el día,
pues Dios esto te inspiró,
no la pierdas, Perla, no,
y hasta luego, amiga mía.

MARGAR. ¿Dónde vas?

HILARIA. ¿Dónde he de ir?
A traeros de almorzar.

MARGAR. Dios te lo quiera pagar
que me evitas el pedir.

ESCENA III

MARGARITA sola.

Señor, la triste experiencia
casi me hace sospechar
si un milagro al esperar
tenté vuestra providencia;
mas sabéis que tiempo há
una voz, aquí en mi alma,
me decía: Espera en calma
el buen Dios te ayudará.

ESCENA IV

MARGARITA, MARTÍN, JUANA y Aldeana 1.ª que sigue pasando despacio con su cántaro.

JUANA. ¿En qué has pensado, hermanita,
que no has hecho aún el almuerzo?

MARGAR. (*Enjugándose disimuladamente las lágrimas:*)
Que pesados sois.

MARTÍN. Si vieras
el apetito que tengo...

JUANA. Anoche apenas cenamos
y hoy es ya tan tarde...

MARGAR. Luego
almorzaréis.

JUANA. Pues entonces,
permítenos que juguemos
para entretener el hambre
aquí en la era del tío Pedro.
Pero... ¿has llorado, monina? (*Con cariño*)

MARTÍN. No llores, no, dame un beso.
(*Vánse Juana y Martín.*)

ESCENA V

MARGARITA sola

¡Pobres ángeles! vosotros (*Por los niños.*)
sois la cosa que más siento
dejar, y el llanto á mis ojos
se agolpa cuando os veo.....
Me han dicho que esos señores (*Pausa.*)
que han venido, son muy buenos,
muy religiosos y píos
y aunque tan ricos, modestos.
Dejando mi timidez,
hoy mismo me voy á ellos,
á pedirles me reciban
en su servicio, y apuesto
que si son como los pintan,
por compasión á lo menos,
consigo me llevarán
cuando dejen este pueblo.....
Los niños no están en casa, (*Pausa.*)
llorar á mis solas quiero.
(*Intérnase en el huerto.*)

ESCENA VI

Aldeanas 1.ª y 2.ª

ALDNA. 1.ª ¿Tú sabes lo que sucede?
ALDNA. 2.ª ¡Cómo! ¿ocurre algo de nuevo?
ALDNA. 1.ª ¡Pues si apenas no se habla
de otra cosa en todo el pueblo!
Ya sabes que la Florencia
hace más de un mes que ha muerto,

y aún la dichosa Perlita
su funeral no ha dispuesto,
y ni ella ni sus hermanas
llevan un mal trapo negro.

ALDNA. 2.ª ¡Si no me había fijado!
Pero díme, ¿es eso cierto?

ALDNA. 1.ª Y otra cosa algo más grave;
hace rato estoy trayendo
agua, y, claro, por su puerta
por fuerza que pasar tengo.
Allí ha estado con la Hilaria
charla y charla cuarto y medio,
y á poco de marchar ella
paso, y á los chicos veo
que á las diez de la mañana
le pedían el almuerzo;
y como por habladora
aún no lo tenía hecho
los ha mandado á jugar.

ALDNA. 2.ª Puede que se tenga á menos
de guisar, la señorita.....
Vamos, chica, yo no puedo
ver las cosas que ella hace,
no alzar los ojos del suelo
y unas mojigaterías.....
y en cambio todos sus gestos
que es hija de algún Marqués
parece que están diciendo.

ALDNA. 1.ª ¡Claro, como el señor Cura
la pone en los altos cielos...!

ALDNA. 2.ª Bien ha sabido engañarle
con sus mañas y beateríos.
Padre, por Dios, déjeme (*Remedándola.*)
frecuentar los Sacramentos
y deme libros piadosos
que eso es lo que más deseo...

ALDNA. 1.ª ¡Ay Nela, mira quien viene,
(*Interrumpiendo.*)

los señores forasteros!

ALDNA. 2.ª A ver, chica, de que hablan.
¡Que majos van y qué serios!

ALDNA. 1.ª Aquí vienen á sentarse,
quédate y los oiremos.
(*Quédanse ocultas cerca de un banco.*)

ESCENA VII

Dichas, MELCHOR, ELENA y Aldeanas ocultas

(*Siéntanse en el banco.*)

MELCHOR. ¡Qué aire más tibio y más puro!
cuando en Burgos debe estar
nevando á todo nevar.

ELENA. ¿A 28? De seguro.

MELCHOR. Luego la tranquilidad
que disfrutamos aquí...

ELENA. Y te prueba á tí bien.

MELCHOR. Sí.
Mejor que nuestra ciudad.
Sólo Inés por quien vinimos,
ni se alivia ni se calma.

ELENA. ¡Hija mía de mi alma,
y cuánto por tí sufrimos:

MELCHOR. Verdad es eso que dices
pero al fin, amiga mía,
no se vé aquí la alegría
de esos mundanos felices.

ELENA. No lo son más que un momento.

MELCHOR. Sin embargo, su reir,
nó, no lo puedo sufrir
sin pasar nuevo tormento.
Oir en cortés actitud
como de placeres habla
el mundo, cuando una tabla

falta solo al ataúd;
oirle hablar de vestidos
de forma y colores varios
cuando están nuestros sudarios
casi, casi, concluídos;
en fin, verla en su locura
fabricar torres de viento
mientras que cada momento
ahonda nuestra sepultura;
todo es, Elena, muy duro,
aunque no quiero decir
que tema mucho el morir,
más lo teme él de seguro.

ELENA. Sí, nosotros siempre en paz
vimos con dicha cumplida
deslizarse nuestra vida
lejos del mundo falaz,
de la viudez la amargura
hija y nieta nos volvía,
mas se llevó esta alegría
un secuestro y su locura;
así esas horas benditas
que hoy santifica el pesar
á Dios las debemos dar
y no á frívolas visitas.
Por eso comprar debemos
esa casa que arrendamos
ya que aquí la paz hallamos
en paz aquí viviremos,
que ella á pasar nos convida
en reposo y en quietud,
nuestra triste senectud,
lo que nos queda de vida.

MELCHOR. Sí, por cierto, y de ese modo
tal vez otro bien logremos,
ya que á Clara alejaremos
del mundo casi del todo;
ella es niña todavía

y lo llegará á olvidar
y aquí aprenderá á gustar,
otra más pura alegría.

ELENA. (*Sacando la caricatura que dibujó Clara.*)
Mira en lo que se divierte
en vez de estudiar atenta
sí, sacando mal su cuenta,
piensa que nadie lo advierte.

MELCHOR. Es una caricatura.

ELENA. La de su aya.

MELCHOR. Aquí lo dice.
¡Nó, si en nada se desdice
esa bendita criatura!
Yo creo que casi todas
las chicas, como ellas son,
teniendo por corazón...
un periódico de modas.
Y aún cree que le voy á hacer
un magnífico regalo...
Pero sí, no será malo.
el que le voy á ofrecer,
por de pronto la noticia
de que á Burgos no volvemos.

ELENA. ¡Gran disgusto le daremos!

MELCHOR. Lo merece de justicia.
Y aún busco otra joya yo
para coronar la fiesta.

ALDNA. 1.ª Chica, la ocasión es esta; (*Ap. á la 2.ª*)
verás, verás.

ALDNA. 2.ª ¿Salgo? (*Id. á la 1.ª*)

ALDNA. 1.ª No.
Señores, perdón les pido, (*A los señores.*)
pero al pasar por aquí
de una joya me creí
que hablar les había oído.
¿Buscan alguna?

MELCHOR. Si tal.

ALDNA. 1.ª Pues en la casa de enfrente

hallarán una excelente.
(Vase á reunir con la Aldeana 2.ª y se van poco á poco.)

ALDNA. 1.ª Burla más descomunal. *(Ap. á la 2.ª)*

ALDNA. 2.ª ¿Qué te propones, mujer, *(Id. á la 1.ª)*
que vayan tan sólo á verla?

ALDNA. 1.ª ¡Otra! ¿No le dicen Perla?
Pues joya debe de ser.
Hoy es día de Inocentes
y se permite la guasa.

ESCENA VIII

MELCHOR y ELENA

MELCHOR. ¿Ha dicho en aquella casa?

ELENA. ¿En comprarla al fin consientes?

MELCHOR. Ya te dije mi proyecto
y de él no he de desistir
sino que antes de morir
quiero que tenga su efecto.
Si una joven llego á hallar
virtuosa y desgraciada,
vamos, que sin mirar nada,
la tenemos que adoptar.
Así creo corregir
á Clara, y obro en conciencia,
disponiendo que su herencia
con otra deba partir.
Aquí por casualidad
vive una, á verla me avengo:
con la joya, excusa tengo
de probar si eso es verdad.

ELENA. Tal vez sí.

MELCHOR. Quiéralo Dios.

ELENA. Mira bien antes quien es.

Yo me vuelvo con Inés.

MELCHOR. Hasta luego, Elena.

ELENA. Adiós.

ESCENA IX

MELCHOR y MARGARITA

(Melchor pega en la cerca y sale Margarita.)

MARGAR. ¿Quién es? Hilaria será.

MELCHOR. Diga V., ¿viven aquí
tres huérfanos?

MARGAR. Señor, sí.
Ay, ¡qué miedo! ¿A qué vendrá? *(Ap.)*

MELCHOR. Me acaban de asegurar
que una joya aquí se vende,
¿es cierto?—(No me comprende)—

MARGAR. ¡Dios mío! ¿Qué va á pensar?
(Ap. asustada.)
Sí, la tengo, no han mentido; *(A Melchor.)*
pero mi pobreza al ver,
no vaya V. á creer
que bien no la he adquirido...
Ni extrañe que aunque apurada
y sin tener qué comer
no me quiera desprender
de esa joya tan amada.
Creo que V. debe ser
ese señor que ha venido...
(Durante los versos anteriores Margarita habrá puesto en las manos de Melchor un rosario, que éste examina atentamente.)

MELCHOR. El mismo.

MARGAR. Dios ha querido

evitarme este quehacer.
Hoy en su casa quería
pedir á V. un favor.

MELCHOR. ¡Qué riqueza y qué primor!
(Ap. por la joya.)
¡Ah! un favor. ¿Cuál, hija mía?
(A Margarita.)

MARGAR. Que me quiera V. admitir
á servir, de cualquier cosa.

MELCHOR. ¿Teniendo esta joya hermosa,
quiere V. niña, servir?
¿V. debe de ignorar
que esto vale mucho oro?

MARGAR. No, pero ese es un tesoro
á que no debo tocar.

MELCHOR. ¿No es de V.?

MARGAR. Mío y muy mío.

MELCHOR. Tengo extraña comezón
de saber esa razón.

MARGAR. Pues bien, en V. confío...
Pero aquí no estamos bien
aunque el camino es desierto,
sino en el banco del huerto,
siéntese. *(Siéntanse dentro de la cerca.)*

MELCHOR. Y V. también.

MARGAR. Allá en el otro lado de los mares,
América me dió cuna risueña
y en el mismo país ví deslizarse
seis años de ventura y de inocencia.
En una quinta hermosa y elegante
entre los brazos de una madre tierna
crecía alegre al par de los rosales
que adornaban de flores nuestra huerta.
Mi padre era marino, y de su casa
faltaba con muchísima frecuencia;
cuando esto sucedía, mi mamita
llorando me llevaba hasta la iglesia
y ante el altar de la bendita Virgen

me hacía arrodillar con una vela,
y me decía: «Pídele, hija mía,
que las ondas respeten su existencia,»
al par que de esta joya me enseñaba
entre plegarias á juntar las cuentas.
Un día,—el por qué alcanzar no pude—
alborotóse la ciudad entera
y á la orilla del mar llanto vertían
ricos y pobres, niños y doncellas.
Mi casa se llenó toda de gente
y mi madre sin duda cayó enferma,
sin que á pesar de ruegos y de lágrimas
pudiese conseguir entrar á verla;
logrélo al fin, ¡pero lloraba tanto
al abrazarme por la vez primera!
Me pusieron un traje todo negro
y otro á mi madre, de la misma tela,
y en un vapor las dos nos embarcamos
al poco tiempo de ponerse buena.
«Vamos á España, hijita,» me decía;
yo batía las palmas de contenta
pensando que iba á ver á mis abuelos,
preguntando también con insistencia
si estaba allí aguardándonos mi padre,
mas viendo, aunque inocente, que su pena
se aumentaba al hacerle esta pregunta
y eran sólo sollozos su respuesta,
determiné callarme y consolarla
con mis juegos, mis risas y mis fiestas.
Nuestro vapor, en no se qué ciudad
hizo escala, y por ser día de fiesta,
en que una de la Virgen con gran pompa
y romería en ella se celebra,
quiso mi madre visitar la Ermita
y de la mano me llevó con ella.
Multitud de personas diferentes,
unas con cirios, graves y modestas,
otras alegres y alborotadoras,

provistas de guitarros y panderas,
andaban, se apretaban y bullían
en la ermita y también en la pradera
y era el cuadro, por bello, indescriptible,
la animación y la confusión extremas.
A consecuencia de ella me solté
(Muy conmovida.)
de mi madre, y. ...
(Melchor habrá escuchado con mucho interés, que irá creciendo á medida que avance el relato.)

MELCHOR. Prosigue; ¿por qué tiemblas?

MARGAR. El corazón se rompe al recordarlo...
Me asieron al instante manos férreas
que apagaron la voz en mi garganta,
lanzar un ¡madre! de suprema angustia
y oir un ¡hija! de agonía inmensa.
Cruzó el hombre veloz conmigo en brazos
sin que nadie notase la violencia;
llegó al puerto, saltó á una navecilla
que se alejó al momento de la tierra...

MELCHOR. ¡Dime por Dios tu nombre!

MARGAR. ¿V. no sabe
que todos me conocen por la Perla?

MELCHOR. Pero tu tienes otro, dílo al punto.

MARGAR. Margarita.

MELCHOR. No hay duda, ¡oh Providencia! *(Ap.)*
Prosigue, niña. *(Dominándose.)*

MARGAR. Allí calmó mi llanto
aquel hombre que extraño no me era,
pues recordé que con mamá mil veces
amable le ví hablar sobre cubierta,
diciéndome que dentro de unos días
á verla volvería sana y buena;
mas, en el mismo desencadenóse
terrible y furibunda una tormenta
que en líquidas montañas parecía
iba á escalar el cielo en su soberbia.

Llenóse de agua el frágil barquichuelo
crugió luego alarmante la madera,
sobre las olas, solo el débil mástil,
cruzar hecha girones ví su vela.
El hombre apresurado, en una tabla
me aseguró entre gritos y blasfemias,
y cuando para hacer consigo mismo
igual operación tomó la cuerda,
una ola al fin deshizo su barquilla
y lejos le arrojó con furia y fuerza.
Le ví sobrenadar dos ó tres veces
cuando rasgaban con sus luces cárdenas
las nubes fulgurantes los relámpagos
iluminando tan sombría escena.
Las olas, y los truenos, y la lluvia
confundíanse, haciendo horrible orquesta,
y él tras mezclar sus voces angustiosas
lanzó una maldición, la postrimera.
Me ví sola jugete de las ondas,
mi horror, mi espanto ya entender se deja,
mas recordé que mí querida madre
me había puesto al cuello esta presea

(Por el rosario.)

como Estrella bendita de los mares,
y del santo Rosario dulce Reina
á invocar á María me enseñara,
y con fé tan sencilla como ciega
esta santa plegaria comencé,
y cuando aun no llevaba una decena,
arrastrada con ímpetu mi tabla
fué un buen trozo por ola gigantesca
que incólume dejola blandamente,
de ignota playa en la mojada arena.
Una buena mujer acudió al punto,
acaricióme de compasión llena,
me llevó á su cabaña no distante,
pronto á su lumbre ví mi ropa seca,
y sus manjares sanos, si groseros,

reanimaron mis perdidas fuerzas.
Le conté mis desgracias como supe,
le pedí que á buscar mi madre fuera
ella enjugó mi llanto como pudo
haciéndome caricias y promesas;
mas como yo sabiendo de memoria
los nombres que ponía á mis muñecas
siempre ignoré que hubiese en mi familia
otros que padre, madre, abuelo, abuela;
como del puerto donde escala hicimos
nos alejó la tempestad aquella
muchísimo sin duda, hasta llevarme
á aquella chica é ignorada aldea,
sus gentes cariñosas y sencillas
bien hicieron algunas diligencias
las cuales no obtuvieron resultado.
Entonces la mujer con entereza
le dijo á su marido: «Dios nos manda
otra hija, aunque sea la tercera
criémosla que Él mismo que la envía
remediará nuestra pobreza.»
Bien hizo en esperar: al poco tiempo
dierónles la noticia de una herencia
que un pariente lejano les legara
y por ella vinimos á esta tierra.

MELCHOR. De aquí es que no se hallase rastro alguno... (*Ap.*)
no hay duda, estoy hablando con mi nieta
y el no decírselo y el no abrazarla
vos solo veis, Señor, cuánto me cuesta!
mas quiero ver si su virtud es tanta
que al mudar de fortuna no la pierda.
Y tú ¿te conformaste con tu suerte? (*A Margarita.*)

MARGAR. ¡Ay! aunque niña, ví la diferencia
de trocar madre propia, amable y rica
por otra extraña y pobre, aunque tan buena.
Verdad que con sus hijos compartía

su techo, sus caricias y su mesa,
mas nunca me atrevía á pedir nada,
la ropa me pinchaba por grosera,
hallaba desabridos sus guisotes,
si bien no profería ni una queja,
y entendiendo que estaba de limosna
ví debía ayudarla en sus faenas
y cuidé de sus niños pequeñitos
y más tarde también de sus ovejas.

ESCENA X

Dichos é HILARIA

HILARIA. Vengo toda sofocada
y aun así no llego á tiempo;
me ha pasado un contratiempo....
MARGAR. ¿Algún disgusto?
HILARIA. No, nada;
pero cuando aquí venía
á dos jóvenes oí
que... vamos, si no es allí
les canto el Ave María.
Ya ves, á tí y al señor
esa mal intencionada
de... les dió la inocentada
con muchísimo primor;
como te dicen la Perla
á él de una joya le habló
y á tu casa le envió
para si quería verla.
Al oirlo el paso apreté
para la burla evitar,
mas no lo pude lograr
que á tus hermanos hallé
en tan buenas condiciones

para despachar el cesto
que me dije: «O les doy esto
ó si no de mojicones»

MARGAR. Pues me han dado un sofocón,
creyendo que alguien sabía
la joya que yo tenía
y mi triste situación,
y al señor se la he mostrado
no se fuese á figurar
que el quererla yo ocultar
es por haberla robado.

HILARIA. No sabes que el señor Cura
enseñarla te ha prohibido?

MARGAR. ¿Qué quieres? Me han sorprendido.

HILARIA. Pero por Dios, criatura...
Solo él y yo lo sabemos
desde que murió tu madre...

MARGAR. Y bien, aunque no te cuadre
ya la ha visto ¿qué le haremos?

HILARIA. Pero al menos has callado...

MARGAR. No tal, apenas le ví (*Por Melchor.*)
tal confianza sentí
que mi historia le he contado.

MELCHOR. No la riña, basta ya, (*A Hilaria.*)
obra es de la Providencia
y le aseguro en conciencia
que no se arrepentirá.
Sigue niña, tu relato, (*A Margarita.*)
y V. quédese también. (*A Hilaria.*)

HILARIA. Sí, que les vendré muy bien
para acabar su retrato.

MARGAR. Lo que falta es poca cosa:
á todo me acostumbré,
y al poco tiempo me hallé
tranquila, si nó dichosa,
hasta que aquí un señor Cura
vino, en día venturoso,
ilustrado, virtuoso,

que mi educación procura.
Me enseñó él mismo á leer
y en sus libros aprendí
que Dios al dejarme así
por mi bien lo debió hacer.
Con sentimiento profundo
hemos llorado los dos
el triste olvido de Dios
que suele haber en el mundo,
y él me ha dicho que tal vez
si no siguiera á mi madre
no hallaría en Dios un Padre
á mi muerte, sino un Juez;
que sirve de fuerte muro
á la virtud, la pobreza,
al paso que la riqueza
es un peligro seguro;
que ninguna diligencia
por encontrarla pusiera
pues que si me conviniera
en el cielo hay Providencia.
Con indecible placer
leí también largas horas
las vidas de las pastoras
que santas lograron ser,
y en mi oficio me he hallado
tan lejana del pesar,
que no quisiera cambiar
por un cetro mi cayado.
Mas Dios, por sus altos juicios,
me ha dado la cesantía...

MELCHOR. ¿Cómo?

MARGAR. Nada tengo hoy día
sino ofrecer mis servicios.

MELCHOR. ¿Y no quisieras hallar
de nuevo tu posición?

MARGAR. A este pobre corazón
no sabría contentar.

Nada encuentro que me cuadre,
todo lo despreciaría..,
todo, señor, lo daría
por un beso de mi madre.
Mis desgracias, mi aflicción,
como beneficios veo,
sólo tengo este deseo,
aunque con moderación:
pues si bien diera mi anhelo
por él cuanto el mundo encierra,
no es razón que por la tierra
quisiera perder el cielo.
Otra Madre tengo allí,
Madre llena de ternura
que mi alma entre espinas pura
ha conservado hasta aquí.

MELCHOR. Bien encuentro tus razones
pero creo que exajeras,
cuando del mundo ponderas
los peligros é ilusiones.

ESCENA XI

Dichos, **MARTÍN** y **JUANA** que permanecen admirados y silenciosos

MELCHOR. ¿No has leído alguna historia
de princesa tan cabal
que del trono terrenal
subió al trono de la gloria?

MARGAR. Si en él Dios me colocara,
queriendo me salvaría;
pero ¿lo conseguiría
si ser grande procurara?

MELCHOR. Entonces no hay que temer,
ya que es Él mismo, hija mía,
quien en no lejano día

por mí te ha de engrandecer.
Yo,—y cuenta que no prometo
lo que no puedo cumplir,—
hoy de vuestro porvenir
á cuidar me comprometo.

MARGAR. ¿Quién lo pudiera esperar...?
Venid, besad esas manos, (*á los niños.*)
(*Se la besan los tres.*)
gracias... por estos hermanos (*A Melchor.*)
que no se las saben dar.
¡Virgen que con tal bondad
quisiste enjugar mi llanto
y debajo de tu manto
amparaste mi horfandad!...
Concede á mi gratitud
que dos mil felicidades
sean por eternidades
el premio de su virtud.

HILARIA. (*A Melchor, por Margarita.*)
Si la suya no es cabal
á sufrir burlas me obligo:
el tiempo será testigo
y no me hará quedar mal.

MELCHOR. Tus recuerdos y emociones, (*A Margarita*)
te han dejado conmovida;
voy á volver enseguida
á darte mis instrucciones. (*Vase.*)

TELON

ACTO TERCERO

Decoración de campo, con arcos de follaje, flores y gallardetes

ESCENA PRIMERA

CRISPÍN. Aldeana 3.ª, aldeanos y aldeanas.—Gran animación

CRISPÍN. Esto es tener rumbo
y gusto por mil,
y prueba que juntos
van el don y el dín.
¡Vaya una ocurrencia
del todo feliz!
celebrar su santo
con baile y festín,
querer que too el pueblo
se divierta así...!
¡Si el Duque merece
ser de mi país!
Por cierto que en él

es costumbre al ruín,
llamar castellano
sin más y sin mis.....

ALDNA. 3.ª Buen país el tuyo
si la gente...

CRISPÍN. ¡Di!

ALDNA. 3.ª No fuera...

CRISPÍN. Ámos, luego...

ALDNA. 3.ª Así, tan cerril.

CRISPÍN. Chiquia, no m' insultes,
que ¿te quiés morir?
Pues sigue una miaja
y sin más latín,
de un solo trancazo
lo pues conseguir.

ALDNA. 3.ª ¡Qué bruto!

CRISPÍN. ¿Otro mote?

ALDNA. 3.ª Y aunque sean mil.

CRISPÍN. Pues miá tú, á la Virgen
no le paició así.
Un día, de viaje
tuvo el gusto d' ir,
llamó á los Ángeles
y sin más carril
jué viendo ciudades
y pueblos sin fin.
Entre ellos llevaba,
(yo no sé mentir)
más guapo que todos
alto serafín,
con un regalico...
qui ámos... hasta allí.
El güeno del Angel
lo quiso lucir
y á todos, es claro,
les hizo tilín;
y amables l' icían:
«Éjelo usté aquí.»

Él, serio que serio
se pasaba sin
saludar siquiera
hasta... hasta ande, dí,
te paice? ¿Te callas?
Pues lo vas á oir:
hasta Zaragoza (1)
y en llegando allí
dijo la Siñora:
«Aquí han de latir
»siempre corazones
»que miamen á mí.»
El regalo, chiquia,
no te lo quió icir...
era una coluna.

ALDNA. 3.ª Entiendo, Crispín,
vuestra Pilarica.

CRISPÍN. No se llama así,
del Pilar la Virgen,
la rosa de Abril
que halló en Zaragoza
el mejor jardín.
Si vieras su casa...
no hay más que pedir,
¡qué adornios, qué mantos
con tanto rubí,
diamantes y perlas...!
Si te quies venir
ya verás si miento,

ALDNA. 3.ª Lo que es eso sí,
para pueblo suyo
os quiso elegir.

CRISPÍN. En charrar el tiempo
todo se nos va á ir,
y por los barruntos
de esta mi nariz

---

(1) Cuento popular zaragozano.

creo que se acerca
la hora de engullir.
(*Aparecen los Duques.*)

ALDEANOS. ¡Viva el señor Duque!
ALDEANAS. ¡Dios le haga feliz!

ESCENA II

Dichos y los Duques

ELENA. Hasta el sol con sus fulgores
dá más brillo á nuestra fiesta
y hace del día de Reyes
un día de primavera.
Bien solemnizas, Melchor,
el hallazgo de esa prenda
cuyo secuestro fué origen
de tantos llantos y penas;
¡mas si vieses como ansío
abrazarla, conocerla...!

MELCHOR. Luego lo conseguirás,
por de pronto ten paciencia.
Mas es hora de decirte
que al procurar esta escena
no me he propuesto tan sólo
festejar á nuestra nieta
ni cubrir á Irene y Clara
de confusión y vergüenza,
buscando tantos testigos
que vean nombro heredera
á una niña humilde y pobre
que sin conocer desprecian.
Cuando me contó su historia
dijo que el robo de ella
fué en una fiesta campestre
y ve aquí mi ocurrencia.

Tras de la lección á Clara
y tras de reconocerla
haremos venir á Inés
sin que la niña lo sepa.
De fijo ha de impresionarle
por asemejarse á aquélla
esta función que he dispuesto;
de improviso se presenta
á Margarita diciéndola:
la que te dió el sér, es esa;
claro es que lanzará un ¡madre!
de emoción y de sorpresa
como cuando la robaron;
si Inés un ¡hija! contesta
y la impresión que reciba
de loca la torna cuerda...
¿comprendes...?

ELENA. Sí, la esperanza
su sonrisa ver me deja;
¡Él bendiga tal empresa,
y la Virgen amorosa
desde el cielo nos proteja!

MELCHOR. Clara viene con su madre,
no quiero que aquí nos vean.

(Retíranse, pero sin marcharse.)

ESCENA III

Dichos, IRENE y CLARA

IRENE. ¡Es un pintoresco cuadro
el que ofrece la pradera!

CLARA. ¡Vaya! y ser yo con mi tío
la heroína de la fiesta!

IRENE. ¿Cómo?

CLARA. Quiere al lugar todo

dejar con la boca abierta
con el regalo de Reyes
que á su sobrina hacer piensa.

IRENE. Pues no me esperaba tanto
porque, en fin, si tú supieras
como me puso allí en Burgos...
pero yo no solté prenda.
Me aseguraron los dos
que tu educación es pésima,
que las iglesias olvidas,
que los teatros frecuentas,
¡que te educo á lo pagano!
No sé lo que ellos intentan
con encontrar reprensible
que la gente se divierta!
Si no quieren que te ponga
á la sombra de unas rejas
ó que hagamos de consuno
vida cual de anacoretas...!

CLARA. A eso te responderían,
que ellos, si no á tanto llegan,
la llevan más arreglada...
y... mamita... si supieras...
Oí por Pascua un sermón,
que esté dormida ó despierta
no puedo olvidar, y me hace
cosquillas en la conciencia.
¡Qué convincentes razones!
qué verdades tan tremendas
lanzaba el predicador
desde la sagrada Cátedra¡
Llamó nuestra patria al cielo,
valle de llanto á la tierra,
á las máximas del mundo,
quitándoles la careta,
enemigas de la Ley
que los cristianos profesan.
Dijo que á todas sus pompas

esa luz de la candela
que ponen en nuestra mano
cuando la muerte se acerca,
les quita el disfraz rosado
dejándolas cual son, negras.
Que ninguno sin ser loco
ó necio, morir quisiera
á la salida del baile
del juego ó de la comedia,
y que, pues en cada instante
puede pasarle á cualquiera...

IRENE. Vamos, relátalo todo! *(Enojo.)*
¿A qué tan tristes ideas?
¿Se le hace algún mal á nadie
con eso? Que ¿Dios ordena
que estemos siempre rezando?
Tú, como yo, te confiesas,
vas á misa muchas veces,
asistes á las novenas;
eres hija de María...
ya basta!

ALGUNOS. ¡Paso á la Perla!

ALDNA. 3.ª Dice que lleva el regalo
de la futura Duquesa,
y es la voluntad del Duque
que todos, todos lo vean.

TODOS. Vayamos pues á cumplirla *(Se acercan.)*

IRENE. ¿Has visto tú qué rareza?
En vez de traerlo él
te manda esta muchachuela.

CLARA. El caso es que sea bello.
venga del modo que quiera.

ESCENA IV

Dichos y MARGARITA, MARTÍN, JUANA é HILARIA

MARGAR. Muy buenos días, Señora. *(A Irene.)*
Muy felices, Señorita. *(A Clara.)*

IRENE. Bien venida.
CLARA Es muy bonita (*Ap.*)
y gentil la portadora.
MARGAR. Ahí tiene V. esa carta, (*A Clara.*)
leála V. con cuidado.
CLARA. Cierto, no me he engañado.
«Por si estás de esperar harta, (*Leyendo.*)
quiero mi oferta cumplir
y adjuntas dos joyas son
para que á satisfacción
pueda tu gusto elegir.»
Enséñanos la primera. (*A Margarita.*)
MARGAR. Aquí está.
CLARA. Trae para verla.
MARGAR. Soy yo, me llaman la Perla.
CLARA. ¿Vas á ser mi camarera? (*Altanería.*)
¿Si algo en limpio sacaremos?
Será guasa? Dime, chica
¿dónde una *piedra tan rica*
dignamente engarzaremos?
MARGAR. En la corona ducal
que sueña su fantasía.
CLARA. Descara...
IRENE. (*Ap. interrumpiendo.*) Calla, hija mía,
que esto puede acabar mal.
CLARA. (¡Qué calma se necesita!) (*Ap.*)
Quién te ha puesto el sobrenombre?
(*A Margarita.*)
MARGAR. Verá V., por propio nombre
yo llevo el de Margarita:
como éste quiere decir
perla en latín, un señor
me llamó así, hizo furor...
y en fin... yo no sé mentir...
HILARIA. Ni quiere decir verdad:
cuando su valía vieron,
todos el nombre aplaudieron
menos uno: su humildad.

CLARA. Basta, dime, ¿tienes gana (*Impaciente.*)
de dar la respuesta aquella?
¿me manda el tío doncella?

MARGAR. No, que te manda una hermana.
Viendo mi triste existencia
quiere su bondad sin tasa
partas conmigo su casa,
sus caricias y su herencia.

CLARA. ¿Dónde vamos á parar? (*Furiosa.*)
¿y no me da la razón?...

MARGAR. Si tal, tanta elevación
te puede perjudicar.

CLARA. El regalo no me gusta...
y lo deja á mi elección...

MARGAR. ¡Ten al menos compasión!

CLARA. Esa es una cosa injusta.

MARGAR. ¿No me aceptas? Está bien.
Tal vez luego te arrepientas.

CLARA. Calla ya, y vamos á cuentas
¿no hay otra joya también?
Pero si á ésta es semejante
bien te la puedes guardar

MARGAR. (*Presentándole un estuche*)
No se puede comparar.

CLARA. El estuche es elegante.

IRENE. Por prueba lo habrá intentado.
(*Ap. á Clara.*)

CLARA. Yo le daré mis razones. (*Id.*)

IRENE Te esperan serios sermones. (*Id.*)

CLARA. Lo que es eso de contado. (*Id.*)
Pero ¡ah! en este momento
aunque en modo estrafalario.
(*Abre el estuche y saca un papel.*)
Cielos ¡qué veo! El notario...
¡Oh Dios! es su testamento!
La partición por mi mal (*Sombría.*)
no he aceptado

IRENE. ¿Qué te asombra?

CLARA. Que en éste papel la nombra
su heredera universal.
Mi risueño porvenir
entero al suelo se viene...
pues ni ante esto se detiene
mi despecho y mi sufrir.
(Hace añicos el documento con grande enojo.)

MARGAR. Cómo en el papel se ensaña...
dime, ¿conciencia no tienes?

CLARA. ¿La tiene quien dá sus bienes
á una mendiga, á una extraña?

MARGAR. El á un tiempo mi pobreza
intentaba remediar
y por tu bien amenguar
tan fabulosa riqueza;
que tú, demasiado ufana
con una vida como esa
hubieses sido Duquesa
dejando de ser cristiana.

RENE Pues, señor, siempre lo mismo, (*Despecho*)
de oirlo tanto me frío,
¿cómo entiende ese buen tío
la palabra *cristianismo?*

MARGAR. Como los fieles primeros,
que sus máximas guardaron
y por doquier se mostraron
en toda virtud enteros.
¿Cuándo el lujo y vanidad
vistieron ellos con gana?
¿Cuándo á diversión profana
fueron por su voluntad?
Tan sólo con faz radiosa
el circo los vió, sin pena,
pero regando la arena
con su sangre generosa.
Sangre dada por la Fé,
del gentilismo el cimiento

minó con su empuje lento
y le hizo rodar por su pie.
Fueron los dioses fingidos
de sus templos arrojados,
de éstos, los que no arrasados
en iglesias convertidos;
pero las torpes pasiones
por ellos simbolizadas
hoy son mejor alojadas
en los mismos corazones.
¡Oh, sí! les sirven de templo
los corazones cristianos...

CLARA. Basta de discursos vanos;
lo mejor es el ejemplo.
Si de cristiana blasonas
levantando tu cabeza
¿por qué aceptas la riqueza?
¿por qué buscas las coronas?

MARGAR. Sólo un pedazo de pan
á cambio de mis servicios
demandé; Dios, por sus juicios,
abrió otra puerta á mi afán.
Solamente por cumplir
la orden de mi bienhechor
y por si acaso el Señor
te quería corregir,
vine con suma violencia
haciendo un mero papel,
pero intentaba ser fiel
y no aceptar esa herencia.
Tal vez esto no lo creas;
piensas habernos burlado
con el papel que has rasgado,
es preciso que éste leas.
(*Le muestra otro documento igual al anterior.*)

CLARA. ¡Comprendo, con doblez andas!

MARGAR. No es cierto, por esta vez

todo va con sencillez,
mas si ejemplos me demandas,
volver siempre bien por mal
del cristiano es virtud propia;
tú has roto sólo la copia,
yo... rompo el original!
(Rompe el papel: movimiento de estupor en todos.)
(Margarita se arrodilla y dice besando las manos á Clara.)
Ahora besando tus manos,
te pido con humildad
no impidas que su piedad
ampare á éstos mis hermanos,
que pues al Señor le plugo
dejarles en la pobreza,
no ha de amenguar tu riqueza
un harapo y un mendrugo.

CLARA. Me mata la confusión *(Confundida.)*
¡que su ejemplo me corrija!

IRENE. ¡También me avergüenzas, hija!

CLARA. *(Volviéndose de repente con enojo á su madre.)*
¡Frutos de la educación!

ESCENA V

Dichos, MELCHOR y ELENA

IRENE. ¡Cielos! ¿los tíos aquí?

ELENA. Somos testigos de vista.

CLARA. Y tú, hipócrita, sabiéndolo... *(A Margarita.)*

MELCHOR. No es cierto, nada sabía
como también ignoraba,
lo mismo que tú, sobrina,

que puedo hacer testamentos
mientras me dure la vida.
Hora es de que te abracemos

(A Margarita, lo hacen.)

ELENA. Aquí á tus abuelos mira.

MELCHOR. La sangre que por tus venas
corre, es sangre propia mía;
bien lo has demostrado ahora
con acción tan noble y digna.

MARGAR. ¡Por Dios! ¡ay! no me engañéis.
¿Será verdad tanta dicha?

IRENE. ¿Qué escucho? La hija de Inés,
que todos muerta creían...?
¿Pero no será un enredo?

MELCHOR. Tengo pruebas fidedignas.
Ella me contó la historia
del secuestro y es la misma.
Luego hay otros muchos datos,
su nombre de Margarita,
una cicatríz de un golpe
que se dió cuando era niña
y le quedó aquí, en la frente
según su madre escribía;
y, finalmente, un rosario
donde con suma alegría
un relicario he hallado
con una oración escrita
del propio puño de Ines
llevando abajo su firma,
me aseguran por completo
de que es mi nieta querida.

(La vuelven á abrazar.)

CRISPÍN. Chiquios, ¿entendís...? ¡La Perla!

TODOS. ¡Vivan los tres! ¡Vivan, vivan!

ELENA. ¡Se le parece á Inés tanto!

HILARIA. Misericordia infinita
de mi Dios, y ¡cómo ensalzas
á los que por tí se humillan...!

La virtud siempre es premiada
(Abrazando á Margarita.)
y á veces en esta vida.

MELCHOR. *(Dándole un papel á Margarita.)*
Anda, hija mía del alma,
y á esa niña que es tu prima,
hazle este tercer regalo,
(lo merece de justicia).

MARGAR. No sé que es, mas obedezco
abrazándote, primita.

CLARA. El retrato de mi aya.

MELCHOR. Que hizo tu mano atrevida.

CRISPÍN. ¡Calla! y le está haciendo así...
(Se pone el pulgar en la nariz, extendiendo la mano.)

ALDNA. 3.ª Bien merece una rechifla
quien se burla de sus maestros,
quien es soberbia y altiva.
(Los aldeanos imitan la mueca de Crispín y se burlan de Clara con grande alboroto; ésta llora.)

MARGAR. Haced cesar el tumulto *(A Crispín.)*
y tú no llores, Clarita, *(A Clara.)*
dispondrás cual yo de todo,
como V. querida tía..... *(A Irene.)*
si yo no tengo ambición.....
Tan sólo una cosa ansía *(Con vehemencia.)*
mi alma: decid, ¿mi madre
existe? ¿La veré viva?
Enseñadme, por lo menos
la losa fúnebre y fría
de mi corazón sepulcro
al serlo de sus cenizas.
¿No me respondéis? ¡¡Dios mío!!
(Ansiedad.)

TODOS. ¡Pobrecita, si dá lástima!

ESCENA VI

Dichos é INÉS

INÉS. Ay, ¿qué pasa por mí? Sudo
de congoja y agonía,
este tumulto, este ruído.....

MELCHOR. Ahí la tienes. (*A Margarita.*)

MARGAR. ¡¡¡Madre!!!

INÉS. ¡¡¡Hija!!!

(*Cae Inés sin sentido, todos la rodean llenos de consternación.*)

ELENA. ¡¡Inés, hija del alma!!

HILARIA. Es un desmayo.

MELCHOR. ¡¡Algo más; está helada, no respira!!

ELENA. ¡¡Su corazón no late!!

MARGAR. ¿Será cierto...?

IRENE. Fué mucha la impresión.

MARGAR. ¡Habrá desdicha!
¿Tendré en mis brazos sólo su cadáver?
¡Respondan á mis besos tus caricias!
¿Sólo un ¡hija! me habrán dicho tus labios
de hallazgo y á la vez de despedida?

ELENA. ¡Un rayo de razón, uno tan sólo
mire alegre, brillar en su pupila...!

MELCHOR. ¡Sí, sí, primer destello de cordura
y último resplandor de aquella vida!

ELENA. ¡Mis súplicas oíste, Virgen Santa!
pero ¿qué habrá hecho en ella luz tan rápida?

MELCHOR. ¡Ay nieta amada, cuando yo esperaba (*A Margarita.*)
partir contigo puras alegrías,
las lágrimas tan sólo entremezclamos,
que atrajiste á tu madre en dos herídas!
¡la locura al perderte en día triste!
¡la muerte al recobrarte en triste día!

ALGUNOS. ¡Señor, tened piedad!
OTROS. ¡Dadles consuelo!
(Hilaria que habrá ido á buscar agua, rocía el rostro de Inés.)
HILARIA. ¡Bastante ha padecido esta familia!
MARGAR. ¿Por qué, muerte cruel, sellas sus labios
sin que una vez mi nombre al menos digan?
¡Dignáos escucharme, Dios piadoso!
ELENA. ¿Será sueño? ¡Se animan sus mejillas!
MELCHOR. ¡Su pecho se levanta...!
MARGAR. Calor siento
en sus manos y rostro.
INÉS. ¡¡¡Margarita!!! *(Volviendo en sí.)*
TODOS. ¡¡Gracias, gracias, Dios mío!!
HILARIA. ¡Si fué un síncope!
INÉS. ¡Oh Señor, qué horrorosa pesadilla!
(Como recordando.)
¿Qué ha pasado por mí? Recuerdos vagos
turban mi mente...!
ELENA. Inés, está tranquila.
(Acariciándola.)
INÉS. Una carta pidiéndome dinero...
(Recordando.)
un bolsillo que nadie recogía...
¿Qué ha sucedido?
MELCHOR. Que has estado loca
y cuando ya remedio no tenías,
con tu razón, el cielo te ha devuelto.
Procura tener calma, esta Perlita,
(Presentándole á Margarita.)
Dios la ha cuidado, y ha hecho que ese nombre
le diesen todos, viendo su valía.
INÉS. ¿Quién es? Mi hija, sí, sí, su voz amada
(Mirándola fijamente.)
ha despertado mi razón dormida.
¡Dios mío, que el placer no me asesine!
¡Conozco su semblante, es ella misma!
¿A ver la cicatríz? ¡No cabe duda!

y el lunar en la frente... ¡Vida mía!
¿Cómo, cómo tu madre al recobrarte
(*Abrazándola con transporte.*)
de puro gozo, de placer no espira?

MARGAR. ¡Por fin, reclino alegre mi cabeza
(*Acariciándola.*)
sobre tu seno! ¿Dónde habrá delicia
mayor? Beso tus labios y tus manos
y te puedo llamar... ¡madre querida!
¿Qué me importan dinero ni nobleza?
¡Tengo madre y abuelos! ¡Ya soy rica!
Mas, venid, Martín, Juana; no creáis
(*Cogiendo á los niños.*)
que vuestra hermana en su placer se olvida...
de que halló desgraciada en vuestra madre,
madre también, si pobre, compasiva.

INÉS. Otra en ésta los cielos os deparan.

ALGUNOS. ¡Bravo, bien!

OTROS. ¡Eso es ser agradecida!

MARGAR. En casa de estos niños me he criado,
(*A Inés.*)
sus padres muertos son, y en aflictiva
situación nos dejaron, y por ellos,
por remediarlos, yo servir quería.
¿Verdad que los aceptas?

INÉS. ¿Cómo no?
desde hoy tengo tres hijos.
(*Besando á los niños.*)

MARTÍN. ¡Qué bonita
es nuestra nueva madre...!

JUANA. ¡Y va muy maja...!

ELENA. Pero, ¿no tomáis parte en nuestra dicha?
(*A Irene y Clara.*)

ESCENA ÚLTIMA

Dichos y el AYA

D.ª JUANA. Cierto lo deben hacer,
pues á todos, en verdad,

la paz, la felicidad,
esta niña ha de traer.

CLARA. Sí, que con admiración (*A Margarita.*)
al justo Dios veo aquí
llenarte de dicha á tí
y á las dos de confusión. (*Por Irene.*)
Tú, según he entendido
modesta, humilde y piadosa,
á su voluntad gustosa
la tuya siempre has rendido.
No deseó tu inquietud
coronas, pero á tu frente
ceñiste pura, esplendente,
la que forma la virtud.
Yo en la mia, una quimera
puse entre moños y lazos
¡bien demuestran los pedazos (*Al aya.*)
fué cántaro de lechera!
Goza en paz tanta ventura, (*A Margarita.*)
abuelos, madre, un ducado...

MARGAR. En eso no has acertado
y me llenas de tristura:
que antes de que en mi cabeza
tal corona venga á dar,
cruel la muerte ha de segar
dos (*por su abuelo y madre*) esas dos con certeza.
¿Cómo alzarse mi ambición
sobre tan queridas ruínas?
¡Fuera corona de espinas
á mi pobre corazón!

CLARA. Y yo, necia, me olvidaba
que tan sólo mi orfandad
esa ruín felicidad
con mil pesares compraba.
¡Cómo te vas agrandando
al contemplarte sin celos!
Yo ya, sin mentidos velos
¡cuán chica me voy quedando!

¡Ni aún merezco tu perdón
por mi mal comportamiento!

MARGAR. ¿Quién se acuerda? Fué un momento
(Abrazándola.)
de ira y de irreflexión.

IRENE. No la disculpes así *(A Margarita.)*
porque ella muy mal obró,
aunque, á decir verdad, yo
soy la más culpable aquí.
No la enseñé á dominar
sus caprichos, sus pasiones...
¡cuán bien ciertas ocasiones
nos saben desengañar!

MELCHOR. No se hable más del asunto;
para su bien servirá,
y con el tiempo será
de mi Perlita el trasunto.

IRENE. Sí, con la ayuda de Dios, *(A Melchor.)*
y mi palabra te doy
de comenzar desde hoy
á ser distintas las dos.

INÉS. ¿Qué es lo que ha pasado aquí?
¿con que mi hija tan buena es?

ELENA. Tu hija es un ángel, Inés,
ya lo sabrás después, sí.
Perla el vulgo la llamó
y, cierto, es piedra preciosa
quien tan noble, generosa
y cristiana se portó.
Mas del caso lo mejor
es que cual piedra rodó,
y la estátua derribó
de Nabucodonosor,
esto es, que la vanidad
hirió de Clara, certera
y la hizo rodar entera
con suma facilidad.

CLARA. Comprendo que os diera grima

mi modo de proceder;
desde hoy mi empeño ha de ser
asemejarme á mi prima.

MELCHOR. Hace algún tiempo, muy poco (*A Elena.*)
sin seso las tres, ¿recuerdas?
hoy que ellas se tornan cuerdas
(*Con suma alegría.*)
yo me voy á volver loco.

HILARIA. La cosa me hace tilín
porque hay muchas señoritas
en español Margaritas,
pero pocas en latín.

MELCHOR. Madres, Dios os encargó (*Al público.*)
tesoro de tal valía,
en vuestras hijas, que, un día
por ellas muerte sufrió:
haced con vuestro desvelo
que no sean flores vanas,
sino *perlas*, que galanas
brillen un dia en el cielo,
mas sólo tal ambición
logrará la que, juiciosa,
les dé por concha preciosa
religiosa educación.

FIN



ANTONIO J. BASTINOS

EDITOR